

FRANCISCO MUÑOZ BUENO

# LOS ÚLTIMOS HIJOS



Un terrible virus se propaga rápido por toda la Tierra. Los gobiernos se han visto superados y comienza una terrible lucha en la que solo el más fuerte sobrevive. Niño, un muchacho autista y su hermano deberán atravesar todo el continente en busca de Ciudad Limpia, la única zona del país que ha conseguido no sucumbir ante dicha amenaza. Deberán enfrentarse no solo a la fatal enfermedad, también al hambre, que se ha convertido en la peor tortura que pueden sufrir los pocos supervivientes. Además de la propia cordura, donde el amor luchará contra el más primitivo sentido de supervivencia.

# LOS ÚLTIMOS HIJOS

Francisco Muro Bueno

# Capítulo 1

Con la respiración entrecortada, notaba cómo su corazón bombeaba, violento, sangre por todos los torrentes de su maltrecho cuerpo, como los feroces rápidos de un río. Cerraba los ojos intentando creer que había sido un sueño, más bien una pesadilla. Veía aquellos ojos inyectados en sangre, los gritos de aquella locura aún sonaban con el eco de la oscura y húmeda cueva donde se encontraban. Quería borrarlo de su mente pero no conseguía apartar aquel instante, una décima de segundo en la que había tenido que decidir parte de su pasado, presente y, con toda posibilidad, de su futuro. Conseguida controlar su acelerado pulso, aunque sus manos seguían temblorosas. Abrió los ojos despacio, las lágrimas se adueñaban de aquellas oscuras cuencas. Fijó su mirada en su mano izquierda, sujetaba renqueante un humeante revólver. Alzó la vista fijándola en el cuerpo inerte al que acababa de disparar. Las pequeñas gotas saladas corrían sin parar por su mugriento rostro, sus pulsaciones volvían a aligerar el ritmo. Hacía tiempo que lo veía venir pero no creía que llegase nunca aquel momento, aún era muy joven para llevar él solo las riendas.

De repente un sonido, casi imperceptible, lo sacó de su melancolía. Era un sonido mudo, lejano, pero él sabía de quién provenía. Sacudió fuerte la cabeza y apartó la mirada del cadáver. Entrecerrando los ojos debido a las negras sombras que engullían aquel lugar, consiguió localizar el gorgoteo. Una ligera sonrisa se escapó de entre sus agrietados labios. Allí estaba, en cuclillas ocultaba su rostro en-

tre las rodillas, con las palmas de sus manos se golpeaba la cabeza.

—Niño, ya ha pasado todo. No hay que temer nada, ahora estamos solos tú y yo.

El gorgoteo se transformó en un soterrado grito que se abalanzó rápido por todo el foso. El muchacho corrió hacia él, lo abrazó y le susurró al oído que lo quería con locura, que desde ese instante sería él quién lo protegería, y mientras viviese jamás dejaría que nadie le hiciese daño. Poco a poco, aquel grito de terror enmudeció, tan solo el fuerte latido de su corazón se escuchó en las tinieblas.

Habían pasado unas horas desde que todo sucedió, Niño se había quedado dormido, tumbado sobre una gruesa manta que hacía de colchón. El joven lo tapó, arropándolo para transmitirle la seguridad que días antes le ofrecía su padre. Se retiró a una esquina, desde allí podía ver el bulto que aguardaba bajo una fina manta. Acercó la espalda a la fría pared de roca y se dejó caer pausado hasta conseguir sentarse en el duro suelo. Las lágrimas comenzaron a recorrer, de nuevo, su demacrado rostro. No lo entendía, en lo más profundo de su corazón quería darle la razón al sinsentido que había vivido hacía unas horas. Pero el amor hacia su hermano era demasiado fuerte como para aliviar la pesada carga. Intentaba comprender que el instinto de supervivencia de su padre era lo que lo había conducido a aquella terrible escena. Cerraba los ojos viendo cómo aquel valiente hombre había sucumbido ante la difícil elección, quizás la más dura a la que se habría tenido que enfrentar, el amor hacia su hijo o sobrevivir a toda costa. Una se había adquirido a lo largo de los años pero la otra estaba demasiado arraigada en el sentir de los humanos, tanto que era irremediable que esta no triunfase.

La mano del muchacho aún temblaba, cogió la cantimplora y la llevó a su reseca boca, cerró los ojos mientras dejaba caer un frío hilo de agua. Con un fuerte suspiro, que le erizó todos los vellos de su cuerpo, sacó del bolsillo lateral

de su vieja mochila, una foto. Volvió a sonreír al verse reflejado en ella, junto a las tres personas que más había querido en su vida: sus padres y su hermano.

\* \* \*

Aquella tarde había discutido con mis padres, no entendía el porqué teníamos que marcharnos de mi ciudad, debía dejar a mis amigos, mi instituto, el equipo de fútbol, pero sobre todo debía dejar a mi chica.

—Debes entenderlo, tu madre está enferma y el médico nos ha aconsejado que nos traslademos a un lugar más tranquilo.

—Sois muy egoístas, tengo que abandonarlo todo por ella —dije señalándola.

—Deberías pensar mejor lo que dices, vete a tu dormitorio y medítalo.

Así terminó aquella discusión, subí a mi dormitorio, cerré la puerta con un fuerte golpe con el que casi desencajé el marco de madera. Estaba furioso, a mis trece años era demasiado egocéntrico para pensar en nadie más que no fuese yo. De pronto escuché aquel gorgoteo, había conseguido entenderlo: «Uno cero, cero, cero, cero, uno» y lo repetía una y otra vez. Era mi hermano mayor. Lo miré y toda aquella ira desapareció al instante, entonces comprendí que debía hacer caso a mis padres y marchar donde ellos dijiesen. Me acerqué a Niño, estaba sentado en un alto taburete con unas finas varillas que hacían de patas, frente al escritorio miraba fijo aquellas pequeñas piezas del infinito puzzle. Me acerqué lento, intentando no distraerlo, se enfurecía siempre que alguien lo sacaba de su zona de confort, pero conmigo hacía una excepción. Me situé tras él y mirando por encima de su hombro acerqué mi boca a su oído y le dije que lo quería. Este se giró lento, volvió a repetir aquellos monosílabos pero alzando un poco el labio supe-

rior a modo de media sonrisa. Abrió todo lo que pudo los brazos y me dio un gran, incluso doloroso, abrazo.

—¿Sabes que nos tenemos que marchar?

Niño volvió a girarse y se encerró en su mundo. Me hubiese gustado saber qué había allí dentro, qué pensaba. Según el doctor Prust, mi hermano era superdotado, con un coeficiente intelectual muy superior al resto, pero su autismo lo hacía poco sociable, solo con algunas personas conseguía derrotar a sus neuronas espejo y se mostraba empático, entre las que me encontraba yo. Le habían diagnosticado aquel trastorno al poco de ingresar en la escuela infantil, cerca de cumplir los tres años. Habían activado el protocolo de atención temprana y allí tuvo mi madre su primera crisis: su corazón dejó de funcionar con normalidad. Pero se rehízo, siempre nos dijo que su corazón había dejado de latir de forma natural porque su amor hacia mi hermano era demasiado grande para coger en una jaula tan pequeña. A mí no me importaba que dijese aquello de Niño porque yo sentía aquel sentimiento suyo con la misma intensidad, no podía tenerle celos, era imposible que a aquella persona, tan frágil le tuviese rencor, era una mezcla de amor con el sentido de protección, era inexplicable, jamás lo pude describir con palabras.

Dejé que volviese a su mundo y me tumbé en mi cama, me coloqué los cascos y busqué en el Ipod mi pequeña banda sonora con la que conseguía adentrarme en el mundo de los sueños. Pensaba en mi chica, en lo mucho que la echaría de menos, aquella pelirroja tan popular en el instituto. Abrí los ojos y le escribí un mensaje en el que le indicaba que debíamos vernos para hablar, tenía algo importante que decirle. Justo cuando iba a pulsar el botón de enviar un fuerte ruido retumbó en la casa, como una violenta sacudida. El teléfono se apagó, mi hermano comenzó a gritar, aquellos dos números retumbaban en mi dormitorio. La puerta se abrió de golpe, mi madre entraba rápido buscando a Niño, lo abrazó e intentó calmarlo.

—¿Qué ha sido eso, mamá?

—Parecía un terremoto.

—Ha sido más como una sacudida eléctrica, todo ha dejado de funcionar —dijo mi padre apoyándose en el marco de la puerta—. Sea lo que sea, haz la maleta, mañana a primera hora nos vamos. Ya está hablado con el director de tu instituto.

—¿Y se puede saber dónde nos vamos?

—Hijo, el doctor me ha dicho que no podía continuar con este ritmo de vida. Este estrés diario puede matarme. Así que nos vamos a marchar durante un tiempo a casa de tus abuelos, al campo.

Cerré los ojos, ya no había cabida en mi mente para aquella chica del pelo rojo, solo el pensar que podía perder a mi madre me atizaba el corazón con una salvaje fusta. No le dije nada, ya habría tiempo para explicaciones. Me acerqué al armario, cogí una chaqueta y les dije a mis padres que quería despedirme de mis amigos antes de marcharnos al pueblo.

Miraba cómo abandonábamos la gran ciudad, los altos edificios nos rodeaban haciéndonos sentir pequeños, como diminutas hormigas en un gigantesco hormiguero. El cielo estaba turbio, la contaminación se había adueñado de la gran bóveda que cubría aquella marabunta. La gente caminaba de un lado a otro, miraban al suelo porque el apagón aún persistía. No sabían andar sin mirar sus oscuros espejos digitales. En las paradas de autobuses se arremolinaba el gentío, los coches eléctricos habían dejado de funcionar y la mayoría de las personas no habían cogido jamás un medio de transporte público, a eso le añadían que tampoco funcionaban los carteles digitales del transporte, el caos reinaba impasible ante aquellos borregos desorientados.

Dejamos atrás la urbe como si hubiésemos atravesado un gigantesco portal, el cielo se iluminaba radiante, el Sol

comenzaba un largo peregrinar en su búsqueda de su merecido descanso. Alargué la mano y agarré la de Niño, este intentaba fijar la vista en la página de un pequeño bloc, había escrito cientos de números muy ordenados, como la encriptación de algún documento. Era la única forma para poder viajar sin que se pusiera nervioso. Madre le había dado su pequeño bloc rojo y él podía estar horas escribiendo sus números.

Padre acercó el dedo al botón de encendido de la radio, pero esta no funcionaba. Llevaban tiempo anunciando aquella tormenta solar que acabaría con la red, incluso algunos países habían tomado cartas en el asunto. Se suponía que el nuestro restablecería el suministro en menos de una semana. Pero aquello era lo que menos me preocupaba, un suspiro me atizó fuerte en el pecho, recordé la despedida de mi chica, fría, no pareció inmutarse lo más mínimo por mi marcha, mi corazón se encogía al pensar en su simple «adiós». Su rojiza melena no podía apartarla de mi mente, intentaba borrar aquellos labios carnosos, las mil y una anaranjadas pecas que cubría la palidez de su rostro. Cientos de pequeñas luciérnagas revoloteaban salvajes en mi estómago. Al salir de mi remolino de emociones observé, de nuevo, el paisaje. El camino era llano, plano, algún repecho en la lejanía, vacío de árboles, parecía no tener vida. Aquel color marrón oscuro lo hacía tenebroso. El calor comenzaba a apretar en el interior del vehículo, tampoco funcionaba el climatizador, todo estaba automatizado siendo imposible encenderlo de forma manual. Aquella temperatura nos indicaba que nos acercábamos al destino. Al pronto Padre giró hacia la derecha desviándose hacia una pequeña estación de servicio.

—Deberíamos estirar las piernas un rato. Aún nos quedan un par de horas. Además, ¿no queréis un batido de chocolate? —dijo mirando a Niño.

Mi hermano se volvía loco con los batidos de chocolate, si había algo que le gustasen más que sus números eso era

el dulzor amargo del cacao. No había coches en el estrecho *parking* para clientes. Parecía solitario aquel lugar dejado de la mano de Dios. Pensaba que jamás podría haber vivido en un páramo como aquel, estaba acostumbrado a la vida en la gran ciudad y no lo hubiese cambiado por nada, bueno, solo por el bienestar de mi madre. Sentados en un sucio banco miraba por encima del hombro de Padre, un escuálido muchacho nos miraba desde el otro lado de la barra. Desvié mi mirada comprobando aquel lugar, no era muy grande, pocas mesas para comensales, además todo muy viejo y mugriento. El sitio preferido para el programa del famoso cocinero que arrasaba en la televisión de pago.

Tras un rato esperando, el muchacho se acercó, sin prisa, con una gran desgana. Una camiseta de tirantes entre amarillenta y grisácea indicaba que debía ser el responsable de la suciedad de la estación. A menos de metro y medio podía olerse el hedor a sudor que desprendía. Madre me miró intentando aguantarse la risa mientras Padre miraba al joven.

—Hay poca gente, ¿no? —intentó romper mi padre el hielo.

—¿Qué van a tomar? —preguntó escueto, con un marcado acento sureño.

Padre pidió por todos, yo intentaba no mirar fijo al muchacho así que desvié mi mirada hacia el televisor, de los que quedaban pocos, ancho y con un prominente cajón. El chico me miró indicándome que no funcionaba, todo se había apagado y parecía que no se arreglaría durante unos días. Tras un batido natural salimos afuera. El Sol relucía con especial violencia para las fechas en las que estábamos. Llevé la palma de mi mano a la frente para poder ocultar mis ojos de aquella intensa luz amarillenta. El fuego bramaba del suelo como las ascuas de una enorme pira. Montamos en el coche y proseguimos nuestro camino.

Seguía ensimismado con aquel paisaje, hacía mucho tiempo que no iba a casa de mis abuelos al sur del estado.

Nos acercábamos a la sierra, el clima volvía a cambiar, unas oscuras nubes se posaban sobre nosotros, subí rápido la ventanilla porque el aire se tornaba en frío. El verde se apoderaba con fuerza, miles de árboles vivían apretujados unos contra otros. El plano se inclinaba dejando atrás las largas rectas llanas hasta volverse en numerosas y estrechas curvas ascendentes. Mis abuelos maternos vivían en la sierra que precedía a la costa suroeste. Un lugar maravilloso, rodeado de espesos bosques de espigados y anchos arces que encumbraban una alta montaña desde donde se podía ver en la lejanía las largas y anchas playas de fina arena negra.

Jubilado desde hacía años, se dedicaba a las labores típicas del campo, preparaba bien temprano el ganado para ordeñarlo, araba el campo y recogía los frutos del duro trabajo. Pero era lo que él quería, amaba su tierra y sabía que ella correspondía aquel intenso amor regalándole todo lo necesario para poder vivir. Mi abuela cosía y remendaba ropas para los vecinos de una pequeña villa cercana, de no más de doscientos habitantes.

Padre aparcó delante de la misma puerta de la enorme casa de madera de los abuelos. Bajé con parsimonia, aquella vida le gustaba a ellos pero no iba conmigo, un urbanita de los pies a la cabeza. Ayudé a mi hermano a salir del coche y esperé que la abuela saliese a recibirnos. Aquella enorme sonrisa jamás podré olvidarla, bajaba lenta los escalones del porche, renqueante por la artrosis de sus rodillas. No era muy alta, entrada en carnes, y con el pelo blanquecino. La mueca que formaban sus labios al mirarnos denotaba dulzura, cariño. Madre corrió hacia ella fundiéndose en un enorme abrazo. El mugido de un ternero hizo que desviase mi vista hacia un lado, allí llegaba el abuelo, todo un ganadero. Sus altas botas de plástico ocultaban parte de los vaqueros ennegrecidos por el trabajo. Su barba blanca estaba mucho más larga que la última vez que lo ha-

bía visto cuando nos visitó en la gran ciudad. Llevaba un sombrero de paja de ala corta, y en la boca una rama seca de color amarillento. Niño comenzó a chillar, le encantaban los animales y el abuelo le traía el último ternero para que pudiese acariciarlo. Tras un efusivo encuentro pasamos dentro de la casa. La chimenea que presidía el gigantesco salón estaba encendida. Todo seguía en el mismo lugar, como si el tiempo no hubiese pasado por aquella casa. El enorme sofá de cuero negro se situaba cerca de la chimenea, junto a dos mecedoras gemelas de blanco roto. A ambos lados de la hoguera seguían las grandes estanterías repletas de anticuados y polvorientos libros. Al otro lado del comedor se encontraba una enorme mesa con ocho sillas a juego, una gran alacena con una vajilla blanca de porcelana se situaba justo tras ella.

Nos sentamos junto a la chimenea y hablamos perdiéndonos en el tiempo. La abuela sabía por lo que estaba pasando, abandonar todo lo que tenía en la ciudad para irme a vivir a un lugar como aquel, ella lo había sentido hacía años, cuando le tocó vivir la misma situación. Hablamos y conversamos hasta que las tinieblas engulleron la cálida luz que aún perduraba en el lejano oeste.

## Capítulo II

El muchacho se acercó al hermano, este dormitaba cubierto por un leve velo de sueño. El cansancio hacía mella en sus maltrechos cuerpos. Llevaban demasiado tiempo deambulando por aquel caos en el que se había transformado el planeta. Se había colocado la sucia mascarilla y encapuchado tocó el hombro de Niño.

—Es hora de proseguir el viaje. Es lo que hubiese querido Padre.

Continuaba con los ojos cerrados, evadiéndose de todo. Su mente funcionaba más rápido de lo normal, los números volaban veloces colocándose cada uno en su lugar, el mismo que había mantenido a lo largo de los veinte años que tenía. Su cerebro encriptaba las situaciones, parecía no tener sentimientos porque no era capaz de empatizar con los demás, tan solo con su hermano y con su madre. Se levantó lento, la respiración se hacía difícil porque su pulso se aceleraba con solo saber que debían volver a salir ahí fuera, a territorio hostil.

El muchacho sacó el poco alimento que aún guardaba, dos barritas energéticas, que le había escondido a Padre. Abrió una rasgando con parsimonia el papel de aluminio, se la llevó a la nariz saboreando el gustillo amargo que desprendían. Alargó la mano entregándosela a Niño. Desenroscó el tapón de la cantimplora y le ofreció la poca agua que les quedaba. Tras el pequeño desayuno, se pertrechó bien la mochila, ató fuerte la cuerda a la cintura de su hermano y revisó que el nudo se enganchara a su cinto.

Al salir de la cueva comprobaron cómo el mundo había sucumbido ante la mano del hombre, un gigantesco cráter ahogaba lo que hacía tiempo había sido una gran ciudad. El cielo estaba oscuro, el Sol luchaba incansable contra una maraña de polvo enredado en la sofocante atmósfera. Los gobiernos creían que con sus destructivas bombas podían frenar el furioso ataque de la Tierra pero mucho más lejos de la realidad, con ello habían contribuido a su plan.

El muchacho dio el primer paso arrastrando también el de su hermano. Otro día más en aquel declive del ser humano. Se giró antes de proseguir y colocó bien la mascarilla de Niño, sabía que a él no le pasaría nada, pero debía ser cauto y no fiarse de los que aún seguían con vida.

Atravesaban el gigantesco agujero, la tierra se tornaba en colores fríos, azul oscuro casi negro. El aire era casi irrespirable, el suelo expulsaba unos extraños gases amarillentos que mezclados con el oscuro polvo hacían casi imperceptible el camino. Como si se tratase de la espesura del bosque de sus abuelos querían apartar aquel enrarecido ambiente para conseguir su objetivo, el que habían escuchado años atrás, la Ciudad Limpia. El muchacho miró en la lejanía, él creía en lo más profundo de su corazón que aquella ciudad no era más que un mito, una leyenda que la gente se había inventado ante la catastrófica situación a la que se tenían que enfrentar. Aquello les hacía tener esperanza y no sucumbir ante la locura, la misma que había atacado a su padre. El amor hacia su frágil hermano era lo único que lo mantenía cuerdo en el mundo agonizante en el que se encontraban. Fijó la vista en un árbol que aún se mantenía en pie, más muerto que vivo, no quedaba un halo de esperanza en aquel ser, ni el más mínimo brote verde que lo animase. Un escalofrío recorrió su cuerpo incrustándose en su corazón, detuvo el paso y se llevó la mano al pecho. Una leve sonrisa, oculta por aquella máscara, se dibujó en sus labios.

\* \* \*

Recuerdo aquel gesto, cómo se llevaba delicada su mano al pecho, agarraba la mano de Niño y la acercaba a su corazón mientras con la otra le acariciaba su oscuro pelo. Mi hermano se sentía protegido con mi madre. Ella era el motor de nuestra familia y por eso no le guardé rencor al tener que abandonar mi vida en la urbe.

Llevaba una semana viviendo en casa de mis abuelos cuando el gobierno consiguió reparar la red. En aquella casa no había televisor y la señal de internet llegaba a cuenta gotas. Mi móvil no servía para nada más que escuchar música y ver fotos, aún guardaba retratos de la pelirroja, ni tan siquiera podía conectarme a las redes sociales, solo cuando iba al instituto, que se encontraba a más de una hora en autobús, pero allí los móviles escaseaban y los demás niños no le prestaban demasiada atención a las nuevas tecnologías, el modo de vida era totalmente diferente y la verdad es que, en tan poco tiempo, comenzaba a gustarme. La despreocupación por el qué dirían, la obsesión por subirlo todo a las redes sociales. Era todo más auténtico, una sociedad más real, donde la amistad era verdadera, el postuero allí no existía. Aunque había un pequeño problema, yo era el nuevo del instituto y me miraban recelosos, más a sabiendas que era un chico de ciudad.

Al llegar a casa de los abuelos los ayudaba en todo lo que podía. Mi padre se había marchado unos días a la metrópolis debido a su trabajo, así que yo era el «hombre de la casa». Preparaba la leña porque el otoño pronto daría paso al invierno. Cada vez que alzaba el hacha miraba expectante aquel maravilloso paisaje, un poderoso e intenso rojo se adueñaba del bosque, algunos árboles comenzaban la puesta a punto para enfrentarse al duro frío que estaba por llegar. Niño me miraba sonriente, una ligera subida de